

J O S É   S A R A M A G O

“[...] A Jesús lo servía María de Magdala, que nadie allí preguntó quién era, alguna vez se acercó Lisia [hermana de Jesús], y él, en los modos, no hizo diferencias entre una y otra, María atendía en el otro lado, con frecuencia, entre las idas y venidas, se cruzaba con María de Magdala, cambiaban la misma mirada, pero no hablaban, hasta que la madre de Jesús hizo otra señal para acercarse a un rincón del patio, y le dijo sin más preámbulo, Cuida a mi hijo, que un ángel me dijo que lo esperan grandes trabajos y yo no puedo hacer nada por él, Lo cuidaré, lo defendería con mi vida si ella mereciera tanto, Cómo te llamas, Soy María de Magdala y fui prostituta hasta conocer a tu hijo. María se quedó callada, en su mente se ordenaban, uno a uno, ciertos hechos del pasado [...] y, sabiéndolo ahora todo, dijo, Te bendigo, María de Magdala, por el bien que a mi hijo Jesús has hecho, hoy y para siempre te bendigo. María de Magdala se acercó para besarle el hombro en señal de respeto, pero la otra María se lanzó a sus brazos, la abrazó y abrazadas quedaron las dos, en silencio, hasta que se separaron y volvieron al trabajo, que no podía esperar”.

“[...] sólo falta que Jesús, mirando aquel cuerpo abandonado por el alma, tienda hacia él los brazos como el camino por donde haya de regresar, y diga, Lázaro, levántate, y Lázaro se levantara porque Dios lo ha querido, pero es en este instante, en verdad último y final, cuando María de Magdala pone una mano en el hombro de Jesús y dice, Nadie en la vida cometió tantos pecados que merezca morir dos veces, entonces, Jesús dejó caer los brazos y fue afuera, para llorar”.

“Tiéndeme siempre tu mano, aunque no puedas verme, si no lo haces, olvidaré la vida”.

[*El evangelio según Jesucristo*, Seix Barral, Colombia 1992, pp. 264, 328]